

# EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

Año VII—Tomo VII | San Salvador, Domingo 3 de Abril de 1887. | Serie XXIV—N. 288

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

## La Semana Santa.

La semana que precede inmediatamente al día de Pascua, ha sido considerada desde el principio de la Iglesia por todos los fieles como el tiempo mas santo del año, á causa de los grandes misterios cuya memoria se celebra en ella, en atención á los cuales se le ha llamado por excelencia la SEMANA SANTA.

En los primeros siglos se le llamó *Semana de las Vigilias*, por que se pasaban casi todas sus noches en ejercicios de piedad para honrar la Pasión del Salvador, principalmente aquella noche en la que sufrió tantos tormentos y oprobios. Aquella fué la noche, cuando en el Huerto se entregó á la mortal tristeza que le hizo sudar sangre: cuando fué vendido por el apóstol apóstata; preso y atado como un malvado; arrastrado por las calles de Jerusalén y conducido de tribunal en tribunal; abandonado en fin á la insolente barbarie de la soldadesca, que ejerció toda la noche sobre su sagrada persona cuanto la impiedad mas desenfadada, la insolencia mas desmedida, la crueldad mas desencadenada pudieron hacerle sufrir de doloroso é infame. Para honrar esos tormentos nocturnos del Redentor, los primitivos fieles pasaban todas las noches de la Semana Santa en oraciones, penitencias y ejercicios de piedad, y por esto se le llamó *Semana de las Vigilias*.

En los primeros siglos toda la Semana Santa era festiva, lo mismo que la que sigue, á causa de la muerte y resurrección de Jesucristo, como se lee en las Constituciones apostólicas. San Crysóstomo dice, que no solo los Pastores de la Iglesia, sino tambien los Emperadores Romanos mandaban santificar la Semana Santa en toda la tierra, haciendo suspender en ella todos los procedimientos forences y negocios civiles, á fin de que estos santos días quedasen libres de cuanto pudiese impedir el sosiego necesario para la piedad, el culto, los ejercicios de penitencia y las buenas obras.

Si en los tiempos modernos esas leyes han desaparecido, las razones que las motivaron no han desaparecido ni desaparecerán jamás.

Todo nos inclina á pasarla con aquel espíritu religioso que debe animar los actos de ella. La elección y celebridad de sus oficios divinos; la magestad misteriosa de sus ceremonias; el luto universal de la Iglesia; todo lo de la Semana Santa nos predica compunción, penitencia y piedad.

Estos días son santos, por los misterios que se celebran; pues el cristiano debe santificarlos por medio de ejercicios santos.

El Apóstol San Pablo dice:—*Haced por sentir en vosotros lo que en si mismo sintió Jesucristo; el cual, siendo Hijo de Dios... anonadose así mismo, tomando la forma de esclavo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz.*

En estas palabras está la fórmula mas concreta del fin que debe proponerse el cristiano, al meditar los sublimes misterios de la pasión y muerte del Hombre-Dios. Reproducir en sí mismo, en cierto modo, sus padecimientos, identificándose con El en cada palabra, en cada acción suya, recogiendo á cada paso lecciones y ejemplos, de los cuales harto necesitamos para sobrellevar digna y meritoriamente nuestra pasión en esta vida. "Porque pasión y muy dolorosa, dice un célebre escritor, es la que aquí sufrimos; no le faltan para ser tal las agnias de Getsemaní, ni las vejaciones de los fariseos, ni los azotes de la columna, ni las espinas y sarcasmos del Pretorio, ni la cruz, ni la hiel y vinagre del Calvario. Lo único que nos falta casi siempre, es la mansedumbre y caridad de nuestro divino Modelo!"

Por consiguiente todo católico sincero, que desee conformarse con el espíritu de la Iglesia y practicar la fe que profesa, debe consagrar los todos los días de esta Santa Semana á la veneración de los augustos misterios de la Redención y practicar los ejercicios de piedad, que para este fin han consagrado todas las generaciones y todos los siglos del catolicismo.

"El Católico," cumpliendo ese deber religioso, dedica exclusivamente todo el presente nú-

mero, correspondiente á la Semana Santa, á la exposición y narración de esos misterios y de lo que á ellos se refiere.

## Domingo de Ramos.

### LAS LÁGRIMAS DEL REDENTOR.

Doble caracter ofrece la festividad de este dia, y difícilmente se acierta á resolver si es alegre ó melancólico el espíritu que anima en él á la Iglesia.

Por una parte, recuerda la triunfal entrada de Jesucristo en Jerusalén, victoreado por aquel pueblo inconstante y caprichoso; por otra, deja entrever como en segundo término, la envidia de los fariseos y los ocultos manejos de los príncipes de los sacerdotes para perder á Jesús.

El mismo Salvador se presenta en medio de su triunfo derramando lágrimas, y no de alegría, sobre aquella ciudad, que salia á recibirle con ramos y palmas, y pronunciando palabras que claramente revelan los tristes presentimientos que embargaban su corazón en aquellos momentos solemnes: "*Viendo, dice el Evangelio, á la ciudad, lloró sobre ella.*"

Bien conocia el divino Redentor que aquellos labios, que con tanto entusiasmo le dirigian vítores y *hosannas*, gritarian dentro de pocos dias con ronca y enfurecida voz: "*crucifícale, crucifícale.*" que en aquellos semblantes, en los que se reflejaban á la sazón la alegría y el regocijo mas puros, se pintarian dentro de poco el furor y la rabia mas concentradas; finalmente, que aquellas manos, que tan alborozadas agitaban hoy en su presencia palmas y ramos, alzarian en breve en el Calvario una cruz afrentosa, y sobre ella el cuerpo sangriento del mansísimo Cordero ofrecido por su salvación.

¿Quién fiará en adelante de la estabilidad y firmeza de los juicios humanos? ¿Quién se creará seguro jamás del afecto de una criatura, si el solo intervalo de tres dias es suficiente para convertir en odio y persecución el cariño mas acendrado?

Presentes deberian estar siempre en nuestros entendimientos estas verdades, y mucho mas, cuando la experiencia de todos los dias viene dolorosamente á confirmarlas.

Mezclados andan y revueltos en esta vida los bienes con los males; la misma prosperidad trae mil veces oculto en si misma el germen de nuestras desventuras; inconstancia, fragilidad y miseria son los caracteres principales de cuanto acá abajo nos seduce y encanta. ¿Por qué hemos de limitar á tan bajo fin nuestras aspiraciones?

Nuestras almas criadas para mas altos destinos, ¿hemos de contentarlas con efímeros gozes, con aplausos que pueden mañana trocarse en persecución, con dignidades que tal vez pronto se nos convertirán en humillaciones, con lau-

reles que no serán tal vez al fin y al cabo otra cosa que el principio de nuestra pasión, como lo fueron de la de Jesucristo?

El triunfo humilde del Salvador en este dia háganos recatados y cautos en la prosperidad, y su paciencia y resignación, inalterables en la pasión, constantes y sufridos en la desgracia.

Que ni nos envanezca la gloria ni nos abata la ignominia, sabiendo que la gloria del Salvador en este dia no fué sino el principio de la ignominia de su pasión, y que la ignominia de su pasión no fué á su vez otra cosa, que el principio de la gloria de su resurrección.

De tal modo ha dispuesto la Divina Providencia los bienes y los males en esta vida, que ni los unos merecen ser absolutamente apetecidos, ni los otros merecen ser absolutamente odiados.

Uno solo es el bien absoluto, digno de todo amor, Dios; uno solo es el mal digno de todo odio, el pecado.

## La Magdalena

### A LOS PIES DE JESUCRISTO.

"Mis manos, que la muerte á tantos dieron,  
Veslas en tu servicio diligentes;  
Mis ojos tus piés bañan, hechos fuentes,  
Que de mortal amor la cuasa fueron.

"Limpiante mis cabellos, que trajeron  
De si colgadas infinitas gentes;  
Ves á tus piés rendidas, obedientes,  
Las gracias, que rendir al mundo hicieron.

"Las gentes, mas que piedra endurecidas,  
Venci, y ¿no venceré tu gran clemencia?"  
Decía al buen Jesús la Magdalena.

¡Oh grandezas del cielo nunca oidas!  
Que da salud lo que antes dió dolencia  
Y absuelve amor á la que amor condena.

UBEDA.

## Jueves Santo.

Entre la Semana de luto viene *Jueves Santo*, como un rayo pasajero de alegría, y en este dia la Iglesia depone sus acostumbrados ornamentos de tristeza.

Por el misterio de muerte que se celebra el siguiente Viernes Santo, la Iglesia no quisiera dejar aparecer su regocijo; mas en la institución de la sagrada Eucaristía hay tal manantial de gracia para los cristianos, que no ha podido conservar sus fúnebres vestiduras en el grandioso dia en que se ha obrado ese milagro del divino amor: ella los depone en el oficio de la mañana y se adorna para la fiesta.

Se colocan de nuevo en el altar los blandones dorados y los cirios de cera blanca, y el obispo se muestra al pueblo con su mitra y báculo de oro.

El es quien consagrará y dará la comunión en este dia á los altos dignatarios de la Dióce-

sis, así como en tal día Jesucristo consagró la Eucaristía y la dió á sus Apóstoles.

Los ancianos del santuario, revestidos de sobrepelliz y con la estola de pastor al cuello; los jóvenes sacerdotes, diáconos y subdiáconos, revestidos de dalmáticas; los acólitos, de albas blancas con cinturones de seda; los turiferarios, con las urnas flotantes de perfumes; los pertigueros sin sus bastones de ébano, mas con su vestidura talar; los porteros sin sus espadas y alabardas, vienen de dos en dos, humildes y recogidos, á arrodillarse en las altas gradas del altar para recibir de las manos del Prelado el pan místico de la Eucaristía.

Habria de tenerse un corazón seco, para permanecer sin emoción ante el espectáculo de esta comunión general.

Siempre he recordado y recordaré el Jueves Santo en la catedral de Nantes, país de fé y de piedad! La gran nave estaba llena de fieles, y los legos se mezclaban al clero en ambos lados del coro. Cuando el venerable Obispo, de pié, apoyado contra el mármol del altar, mostraba públicamente la Hostia á los que iban á comulgar, diciéndoles:—*Este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo,* reinaba un gran silencio y no se veía mas que cabezas inclinadas. Las voces de los cantores y las armonías del órgano se callaron; si se oía alguna cosa, era solamente el ruido de las cadenillas de los incensarios, que ascendían y bajaban, y se elevaban para bajar de nuevo.

Cuando el Obispo ha hecho ya la espléndida consagración de los Santos Oleos, vuelve al altar, y despues de la comunión, lleva la Hostia que ha consagrado para el siguiente Viernes, con gran pompa, bajo un rico palio, á la capilla del Monumento, precedido de la brillante procesión que, con sus cirios y sus cantos, forman ordenados el clero, los próceres de la sociedad y el pueblo.

El *Pange lingua* es el himno propio del Jueves Santo, y es profundamente conmovedor el oírlo cantar por el coro en la procesión del altar al Monumento, cuando el Obispo lleva bajo el palio de brocato, precedido y rodeado de los mas notables de la ciudad, que brillan con sus hachas y cirios encendidos.

En medio de estas manificencias del templo y de la naturaleza, en medio de ramos y de cirios, va á depositarse la sagrada Hostia encerrada dentro un vaso precioso, bajo un paño de oro y ligado con lazas de pedrería.

En algunos países hay un sagrario de plata y oro, de carei y marfil, ó construido de las maderas mas esquisitas, y en él se encierra la Hostia sagrada, confiando la llave de tan Santo depósito á la persona mas respetable, quien la lleva al cuello pendiente de una cadena de oro, enriquecida de perlas y piedras preciosas.

Aquí no se ve nada triste, nada lúgubre; se diría que la Iglesia, que ha mandado así ador-

nar su altar y disponer sus oficios en este día, no ha querido contristarse en la muerte de Cristo, porque esa muerte ha salvado al mundo.

Sobre esa tumba, que ha dado vida al género humano, no ha querido tender paños negros mojados de lágrimas: creyó que el pesado paño funeral es bueno solo para nosotros, que permaneceremos largos años sepultados en la tierra. Empero, para Aquel que al tercero día rompió la losa de su sepulcro, para Aquel que habia de llamarse el *Vencedor de la muerte*, no era menester tanto luto, y por eso la Iglesia cubre con flores y con la brillantez de las luces el Monumento que representa su tumba.

## El Santo Cenáculo en Jerusalén

Está situado sobre el monte Sion, el cual se encuentra entrando en Jerusalén por la Puerta de Jaffa.

Es una sala cubierta con bóveda: sus dimensiones son veinte varas por diez de ancho. En esta sala celebró la Pascua Nuestro Señor Jesucristo; allí instituyó el Santísimo Sacramento del altar; allí lavó los piés á los apóstoles; allí predijo á San Pedro que le negaría; allí apareció á sus discípulos el mismo día de su resurrección, y al cabo de ocho días hizo tocar sus llagas por Santo Tomás; allí el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles; allí se consagró Obispo de Jerusalén á Santiago el Menor; allí Matias fué favorecido de la suerte para reemplazar al traidor y suicida Júdas; allí San Pedro celebró el primer concilio de la Iglesia; allí, en fin, fué en donde se separaron los Apóstoles para ir á predicar el Evangelio á toda la tierra, cuando Jesús les dijo:—*Id y predicad á todo el mundo.*

El Cenáculo fué la primera iglesia católica: *primitiva et ecclesiarum mater, sancta Sion.*

En este mismo santo lugar habia en un tiempo una hermosa iglesia y un monasterio de Padres Franciscanos, que allí vivieron tres siglos y medio. Pero hoy la iglesia no existe, pues el año de 1558, martirizaron los turcos á un gran número de santos religiosos: destruyeron el convento, so pretexto de que era una fortaleza que podría servir á los cristianos, si intentasen algun día apoderarse otra vez de Jerusalén, y el Cenáculo fué cambiado en mezquita.

El corazón cristiano, en presencia de tanta profanación, se siente destrozado é indignado... y necesita que pague al Turco la licencia para visitarlo!!!

## Huerto de los Olivos, ó de Getsemani.

Saliendo de Jerusalén por la puerta oriental, ó de San Esteban, bájase al valle de Josafát; y despues de cruzar el seco torrente de Cedrón, se encuentra el monte de los Olivos, y á cortí-

simo trecho el huerto y la gruta de Getsemaní.

El huerto, perteneciente hoy á los Padres Franciscanos, tiene una cerca de 8 piés de alto, y encierra un espacio de 169 piés de largo por 150 de ancho.

Este huerto, el mas santo que existe, y sus árboles, los mas venerables despues de la Cruz, por que Jesús oró tantas veces en sus frondosidades, son honrados por los peregrinos de todas las religiones.

Actualmente existen ocho árboles de olivos. Hasta los musulmanes los miran con religioso respeto.

Llevan en sus troncos y descomunales raices la fecha de los mil ochocientos ochenta y seis años, que han trascurrido desde aquella memorable noche, en que Júdas entregó á Jesús entre las manos de los judíos.

Son corpulentísimos: de dos ellos miden 25 piés de circunferencia. Aunque casi secos, sus ramas todavia producen aceitunas.

Cerca de dichos árboles se observa una piedra llana, en la cual pueden sentarse ocho personas y hasta dormir cómodamente. La piadosa tradición refiere que allí dijo Jesús á los discípulos:

—“*Sentaos aquí, mientras que voy allí y hago oración.*”

Jesús, segun San Lúcas, se internó entonces en el Huerto, como á un tiro de piedra, y allí fué donde se arrodilló orando y diciendo:

—“*Padre, si quieres, pase de mí este cáliz: mas no se haga mi voluntad, sino la tuya.*”

“*Y se le apareció allí un angel, que le confortaba. Y puesto en agonía, oraba con mayor vehemencia: Y fué su sudor, como gotas de sangre, que corrían hasta la tierra.*”

El lugar santo, donde sucedió todo esto, es una cueva bastante espaciosa, llamada *de la Agonía*; su estado de hoy es tal como se encontraba en tiempo del Salvador.

Hay allí tres altares para celebrar: una piedra de mármol, que es la tarima del mayor de los altares, lleva grabada la inscripción: “*Aquí el sudor de Jesús se hizo como gotas de sangre que corren por la tierra.*”

En el siglo XIII existía allí todavia una iglesia, que encerraba la sagrada cueva: hoy no queda vestigio alguno de dicha iglesia.



## Viernes Santo.

Hé aquí el día de la grande tristeza cristiana, día que las campanas no anuncian; día en que los altares no tienen sacrificios, y en que los santuarios enlutados no resuenan sino con lamentaciones; día en que las madres dicen á sus niños:—“Hoy Nuestro Señor ha muerto, y es preciso hacer penitencia con nosotras.”

En este día, el duelo no ha de reducirse á los altares, sino que ha de hallarse en todas las casas cristianas: no es bastante que cesen los cánticos en las iglesias, es preciso que no haya regocijo alguno en los hogares.

En las capitales, hoy tan agitadas y ruidosas, cuan-

do viene el gran día de tristeza, poco se percibe que las campanas han cesado sus repiques desde la víspera. Pero en las ciudades de provincia este silencio tiene una lúgubre solemnidad; y hasta los relojes de la ciudad se callan, de suerte que parece que el tiempo se detiene, porque el Señor murió.

Este día, en muchos países, no se oye mas que una sola hora: ¡LAS TRES!

¡Hora de la muerte del Redentor! ¡Hora que oyó el grito que hizo temblar la tierra, hender las rocas, despedazar el velo, ocultar el sol, abrir las tumbas y resucitar los muertos; el gran grito: ¡CONSUMMATUM EST!

En otros tiempos, la tristeza de los templos se extendía á los reales palacios; y cuando los pontífices se cubrían con silicio y ceniza, los sucesores de Clovis y San Luis dejaban sus coronas y tomaban sus vestidos de luto.

Sin vituperar los tiempos presentes, los compadecemos al verlos desheredados de estos antiguos y piadosos usos. En vano buscamos la ventaja ó garantía, que los poderes humanos pueden hallar en aislarse de Dios; no vemos sino vértigo y delirio en este pensamiento.

Por una opinión recibida sin contradicción en toda la Iglesia, se cree que los Apóstoles instituyeron las fiestas cuyos misterios pasaron á su vista. Pone San Agustín en esta categoría la *Pasión*, la *Resurrección*, la *Ascensión* y la *Venida del Espíritu Santo*. Empero se conviene en que desde los principios, así como en la sucesión de los siglos, la fiesta de la Pasión ó del Viernes Santo, tan augusta como es, fué siempre una fiesta de oración, de trabajos y mortificación, mas bien que de descanso y regocijo.

Los latinos mostraron tanta veneración como los griegos por este santo día, guardando la fiesta en muchas iglesias. Y hasta mediados del siglo décimo sexto, no se redujo á *media fiesta*, terminada al medio día despues de los oficios de por la mañana, y con los del Jueves y del Sábado santos.

Redoblábanse entonces, ó se prolongaban las vigili-  
lias, las mortificaciones, las lecturas santas y las oraciones. Pasábase toda la noche en ayuno en la asamblea de los fieles; y de esta costumbre, trasmitida por los Apóstoles, nadie estaba exento fuera de los niños menores de siete años. Leíase allí toda la Pasión segun los cuatro Evangelistas, dividida en doce lecciones, y despues de la noche, se continuaba el oficio del día á las horas ordinarias; mas no se hacía oblación ni sacrificio.

Nada sobrecoge mas el alma de tristeza, que el aspecto de nuestras iglesias. El Viernes santo por la mañana, ya no se cree el color violado de bastante luto y se usa del negro, como para nosotros mortales, en el altar del Dios inmortal. Sobre el altar de los cristianos se espone el crucifijo para la adoración.

Estas palabras dichas con una voz triste y lenta se repiten frecuentemente en el oficio del día:

“*Se me puso en un lugar oscuro, como á los muertos del siglo.*”

“*Pusieron sobre su cabeza su causa en una inscripción:—“Jesús Nazareno, Rey de los judíos.”*”

“*Cristo obedeció por nosotros hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz.*”

Mientras que se cantan estos versículos, todos los sacerdotes se arrodillan sobre las losas desnudas del santuario, y los acólitos estienden sobre el altar, sin cirios, sin ornamento alguno, delante del tabernáculo abierto y vacío, un mantel de lienzo.

Luego un cantor dice la profecía de Oseas. Despues de esta profecía, cantan tres sacerdotes

la Pasión de Nuestro Señor. Este canto es un diálogo de grande antigüedad: los judíos, Pilatos, Herodes, los apóstoles y Jesus mismo hablan en él y responden á su turno. Y cuando se llega á estas palabras: *Et inclinato capite, redidit spiritum*, que se dicen recitadas, cesan los cantos y no se oye, en el silencio que reina, sino el movimiento de los fieles, que se prosternan para besar la tierra que el Salvador humedeció con su sangre.

Concluida la Pasión, arrodillándose y estendiendo los brazos á cada oración, ruega el sacerdote en el altar por toda la tierra, por la santa Iglesia, por el Papa, por los obispos, presbíteros, diáconos y subdiáconos, por los reyes, por los catecúmenos, por todas las necesidades, por los hereges y cismáticos, por los judíos, por los paganos y por los idólatras.

Entretanto grandes y pequeños, poderosos y débiles, felices y desgraciados, ricos y pobres, todos van á adorar la cruz. El sacerdote en el altar, descubriendo al pueblo uno de los brazos del árbol de salud, esclama:—*Ecce lignum crucis*, y el coro responde:—*In quo salus mundi pependit*.

Adelantándose luego el sacerdote del lado derecho del altar, y desnudando el otro brazo de la cruz, dice aun:—*Ecce lignum crucis*, y de nuevo los coristas repiten:—*In quo salus mundi pependit*.

En fin, una tercera vez dice el sacerdote en medio del altar, elevando la voz:—*Ecce lignum crucis*, y la cruz entera se descubre, y muestra á la multitud cristiana el crucifijo que antes estaba envuelto en un velo, y que ahora contempla con la frente coronada de espinas, con las manos y los pies heridos por los clavos, con el costado abierto por la lanza...

Y cuando el Hijo del hombre se ha mostrado así sangriento y acardenalado con los tormentos de la Pasión, el sacerdote continúa cantando:—“*¿Oh pueblo mío, que te he hecho? ¿En que te he contristado? Respóndeme.*”

Los himnos y los versículos dolorosos de la Pasión se cantan alternativamente, mientras el crucifijo descubierto está espuesto sobre un paño de terciopelo negro, como un rey muerto sobre una cama funeral.

Para venir á besar los pies, las manos y el costado entre abierto del Salvador, los mas altos en poder y dignidad, reyes, arzobispos, obispos y príncipes quitan su calzado y le adoran con los pies desnudos.

La multitud les sigue ó viene con ellos, porque murió por todos; y el mendigo que tiende la mano á la puerta del templo, tiene tanta parte en la sangre del Redentor, como el monarca y el pontífice.

La víspera, cuando se llevó la Hostia del altar al Monumento, se desplegaron todas las pompas del santuario: las alfombras blancas bordadas de oro, las albas de ramos, las candelas orientales, la cruz y candeleros de plata dorada, el incienso mas puro de la Arabia, los graves sonidos del órgano que acompañaban el *Pange lingua*; empero, el Viernes santo se lleva triste y silenciosamente la sagrada Hostia al santuario, para que la consuma el sacerdote, sin órgano y sin magnificencia.

Después de la comunión se termina el oficio; y si la multitud permanece en la Iglesia, es porque el pueblo quiere besar la cruz; y durante toda la jornada de muerte, ancianos y jóvenes, mujeres y niños, se suceden en esta adoración.

Desde las siete de la mañana, antes que los artesanos vayan á su trabajo diario, se predica la Pasión de Nuestro Señor; y á las tres de la tarde, hora en que Jesus murió, se predica de nuevo: en toda la ciudad quieren los cristianos ser conmovidos con la relación de los dolores de su Dios.

He aquí ya dos mil años que se predica á los fieles la *Pasión de Nuestro Señor*, y el sacerdote cristiano no tiene necesidad sino de fé y de amor para hacer correr abundantes lágrimas: hay fuentes que jamás se agotan, y relaciones que no necesitan de arte ni elocuencia, de esmero ni ornamentos humanos.

### La via dolorosa.

Quisiera llevar hoy, Señor, contigo  
La ponderosa cruz que te quebranta;  
Quisiera ir tras tu divina planta,  
Como con ojos mísero te sigo.

Mas, de valor mezquino y fé tardía,  
Desfallezco en la lúgubre jornada;  
Fortalece, Señor, mi alma cansada  
Para no descarriarme en la agria vía.

Ve con la sangre de tu rostro santo  
Señalándome el triste derrotero,  
Que, al ir tras Tí con mi dolor austero,  
Yo lavaré las piedras con mi llanto.

No temeré flaquear en el camino  
Que al nefando martirio lleva luego,  
Cuando, cediendo á mi doliente ruego,  
Me enseñe á caminar tu amor divino.

TDUARDO CALEAÑO.

### El Viernes Santo en Jerusalén.

Con la santa idea de grabar mas profundamente en el corazón de los fieles la memoria de la pasión y muerte del Señor, suelen practicar en algunos pueblos del mundo cristiano, y particularmente en Jerusalén los Padres Franciscanos de la iglesia del Santo Sepulcro, una tierna y majestuosa ceremonia.

Al efecto se sirven de una estatua de Jesucristo, del tamaño natural, cuya cabeza, piés y manos se prestan á los diferentes movimientos humanos, y con ella representan la crucifixión, descendimiento de la cruz y sepultura de Jesucristo.

Suele practicarse esta ceremonia á la caída de la tarde del Viernes Santo, en el mismo altar del Calvario.

Llegan allí formando una devota procesión de peregrinos y de toda la comunidad, marchando lenta y pausadamente, de dos en dos, con un cirio encendido en la mano, cantando ó mas bien rezando en tono funerario versículos del *Miserere* y del *Stabat Mater*.

Detiéndense en varios sitios sagrados, como la capilla erigida en el mismo punto en que la tradición dice que la Virgen Santísima presenció la crucifixión de su divino Hijo, el altar en que dividieron los vestidos, la capilla de los improperios; y en cada uno de estos sitios hace la procesión una pequeña pausa, para dar lugar á que un predicador diga algunas palabras, referentes á las dolorosas escenas de la pasión que recuerdan aquellos sitios.

De aquí continúa la marcha hasta la cima del monte Calvario, al pié de cuyo altar se depone respetuosamente aquella imagen de Jesucristo.

El orador sigue refiriendo á la multitud compungida los dolorosos sufrimientos é ignominias del Salvador, hasta que llega al crítico momento de referir la crucifixión.

Cesa entonces de hablar, y se procede á clavar la imagen en la cruz.

Fija ya en ella, se levanta el crucifijo, y se pone en el mismo lugar en que fué clavada la verdadera cruz en que murió el Señor.

El predicador recuerda entonces al auditorio cada

una de las palabras que pronunció Jesús en la cruz, y sobre ellas hace á los fieles piadosas reflexiones.

Transcurrido el tiempo suficiente, durante el cual los fieles todos se entregan á la mas dolorosa meditación, se procede al descendimiento de la cruz.

Dos Padres arriman escaleras á la cruz, y subiendo á lo alto, principian quitando á la Imagen la corona de espinas.

Luego otros sacerdotes, con bandas ó con tiras blancas de lienzo fino, pasadas por debajo de los brazos de la imagen, sostienen el cuerpo á proporción que con las tenazas arrancan los clavos de manos y piés, hasta que por fin la efigie va bajando de una manera igual á la que bajo el cuerpo del mis- Jesucristo.

El Padre Guardián ó superior que preside, se acerca entonces con los piés descalzos y en silencio, y prosternándose á los piés de la santa Imagen, besa con respeto la corona de espinas y los clavos, y sucesivamente hacen lo mismo los demás religiosos, y despues de estos los peregrinos y fieles en general.

Terminada la adoración, vuelve á organizarse la procesión; y con el mismo orden y circunspección marcha delante de todos un religioso con la corona y los clavos en una bandeja de plata; sucesivamente la comunidad, y á lo último de ella cuatro religiosos conducen en un féretro la imagen de Jesucristo, como un difunto á quien se va á enterrar.

Al llegar la procesión á la piedra de la Unción, se detiene

Cubierta esta con una sábana muy fina y una rica almohada, se coloca en ella el cuerpo que figura el del Señor envuelto en un sudario.

El Padre Guardián rocía entonces la imagen con esencias y perfumes que al efecto llevan, á imitación de lo que hicieron en el mismo sitio con el cuerpo del Señor, José de Arimatea y Nicodemus. Al mismo tiempo hace quemar incienso y ricos aromas, y despues de pocos momentos de oración y manifestar á los fieles el objeto de esta detención, prosigue marchando la procesión, hasta dejar depositada sobre el mármol del mismo Santo Sepulcro la imagen de Jesucristo, concluyendo con una corta plática.

Verificado el entierro, van los religiosos de dos en dos á venerar la imagen, que se queda allí toda la noche con varios religiosos de guardia, durante la cual practican los Padres y algunos peregrinos rigurosas penitencias.

## Ceremonias del Viernes Santo

ACOSTUMBRADAS EN DIFERENTES PAISES.

En Roma se celebran las funciones religiosas de este dia con arreglo al Ritual, y con la solemnidad propia de la capital del orbe cristiano.

Acabadas las últimas Lamentaciones de la tarde, cuando un silencio sepulcral reina en la Basílica, aparece el Pontífice vestido de blanco, imagen del Cordero, con algunos viejos cardenales representando á los Apóstoles; y pegando la faz contra la tierra, al pié del altar en que ha sido inmolado Jesús, oran con el mas profundo silencio, á la vista del pueblo enterne- cido por esta escena sublime de ancianos que mudos, como dice un escritor cristiano, forman votos al borde de sus sepulcros, para las nuevas generaciones de cuyos deseos y alegrías ya no participarán.

En algunos pueblos cristianos, no usan los habitantes el Viernes Santo mas que trajes negros.

En otro tiempo en Francia, los reyes dejaban en semejante dia la corona, y usaban trajes morados, color de luto de aquellos monarcas.

En España, vestian de negro los monarcas, como lo justifica el ilustrado benedictino P. Liciniano Saez, y las leyes prohibían el uso del coche ú otro carruaje en la Corte en los tres dias últimos de la Semana Santa, costumbre tan generalizada, que nadie los usa aun en estos tiempos.

En Inglaterra, como dice Walch, el luto no está en solo los altares, sino que se distingue también en las casas cristianas, y es preciso que no solo no haya cánticos en las iglesias, sino que no los haya tampoco en el hogar doméstico.

“En las grandes capitales, siempre agitadas y ruidosas, cuando llega este dia de tristeza no se nota mucho el silencio de las campanas; pero en los pue- los cortos este silencio tiene alguna cosa de lúgubre so- lemnidad. Algunos relojes públicos se paran, no dan la hora, como si el tiempo no corriera porque Dios ha muerto.

En algunos paises, en semejante dia, “la lengua de hierro del tiempo,” como decía Shakespeare, no anun- cia á los hombres mas que una sola hora. . . . . LAS TRES! Hora de la muerte del Redentor.”

## Las siete palabras y María al pié de la cruz.

Al cielo ofreciendo del mundo el rescate,  
Con clavos sujetas las manos divinas,  
Ciñendo sus sienas corona de espinas,  
Se ostenta en los brazos un leño Jesús.

A diestra y siniestra dos viles ladrones  
Reciben la pena que al crimen se debe;  
Mas solo en el Justo se ensaña la plebe,  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

La túnica sacra con grito sortean  
En frente al suplicio los fieros sayones,  
Y el pueblo inconstante con torpes baldones  
Denuesta al que ha sido su gloria y salud.

Ya nadie recuerda sus hechos pasmosos,  
Del bien que hizo á todos cada uno se olvida,  
Celebran su muerte, calumnian su vida. . . .  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

—“ Si Dios es tu Padre, por mofa le dicen  
Desciende, y entonces tendremos creencia.”  
Los oye el Cordero con santa paciencia,  
Y ya de sus ojos nublada la luz,

Los alza clamando:— ¡Perdónalos, Padre!  
Ignoran, lo que hacen, perdónalos pío.  
Con roncadas blasfemias responde el gentío,  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

— Sed tengo, murmura la Víctima augusta;  
Vinagre mezclado con hiel le presentan.  
Sus labios divinos la esponja ensañan,  
Y rie y se goza la vil multitud.

En tanto del Mártir se hiela la sangre,  
Cubriendo su frente con nublados espesos. . . .  
Le tiemblan las carnes, le crujen los huesos. . . .  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

— ¡Mujer, ve tu hijo! le dice, y señala  
En Juan á la prole de Adán delincuente:  
— ¡Ahí tienes, hombre, tu Madre clemente!  
Mirando al Apóstol, añade Jesús.

Tal es el legado que alcanzan los mismos  
Que son de su muerte causantes insanos:  
Les da para el cielo derechos de hermanos. . . .  
¡Y allí está la Madre al pié de la Cruz!

Mirando del Cristo la suma clemencia,  
Aquel que á su diestra comparte el suplicio,  
Conmuévase el alma, que el gran sacrificio  
Ya en él ejercita su inmensa virtud.

De mi no te olvides,—le dice, en tu reino."

Jesús premia al punto su fé meritoria;

—*Conmigo, responde, serás en la gloria.*

Y allí está la Madre al pié de la Cruz!

Mas ¡ay! ya el instante se acerca supremo:

Ya el pecho amoroso con pena respira:

Inclínase el rostro que el Angel admira,

Y eleva la muerte su fiera segúr.

—*¡Oh Padre divino! ¿Por qué me abandonas?*

La voz espirante pronuncia despacio;

Su queja doliente devora el espacio . . .

Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

—*¡Todo es consumado! Mi espíritu ¡oh Padre!*

*Recibe en tus manos,* clamó el moribundo.

Retiemblan de pronto los ejes del mundo,

Los cielos se cubren de oscuro capuz.

Se parten las piedras, las tumbas se abren,

Sangriento un cadáver se ve suspendido . .

¡De Adán el linaje ya está redimido!

Y aun queda la Madre al pié de la Cruz!

BERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

## Sábado Santo.

Cuando uno ha penetrado en las profundidades de la gran Semana y ha abandonado su espíritu á las inspiraciones, que las ceremonias y los oficios de este tiempo hacen sentir, queda uno como colmado con tanta grandeza.

Los salmos que se han leído, los himnos que se han cantado, las lamentaciones de Isaías y de Jeremías que se han oído, han llenado nuestra alma de fuertes emociones y grandes pensamientos. Se ha vivido, por decirlo así, con los profetas y los reyes de Israel, se ha elevado uno con ellos muy sobre las cosas de la tierra, y se experimenta un verdadero disgusto en volver á las palabras vulgares de la vida.

El SÁBADO SANTO nos detiene aun en estas altas regiones, y pocos dias en el año cristiano son tan simbólicos como este.

Reverencia hoy la Iglesia el misterioso descanso que Jesucristo guardó en el sepulcro, y recuerda al mismo tiempo la bajada á los infiernos del Vencedor de la muerte, cuando fué á sacar de las tinieblas del limbo las almas de los patriarcas y de los justos, que habian aguardado y anunciando al Mesías.

La sepultura de nuestro Señor, dice el historiador de las Fiestas Católicas, es un misterio que la Iglesia parece no haber querido celebrar sino con su silencio, porque el oficio relativo á él se determina á la hora de Nona. Además, como la víspera de Pascua es la primera de las vísperas en dignidad, y que está recargada de prácticas y observancias, se han adelantado los oficios de esta noche al día que la precede.

Continuábase esta vigilia en los primeros siglos de la Iglesia hasta el alba del día del Domingo por los fieles de toda clase, la mayor parte de estos en ayunas desde el Viernes y otros desde el Jueves despues de la cena.

Teníase gran cuidado en recomendar que no concluyesen los oficios de esta célebre víspera antes del canto del gallo; y entonces se ofrecía el sacrificio, se comulgaba y se rompía en fin el ayuno de la cuaresma. Pasaban así los fieles en la iglesia de un sol á otro.

Este uso ha cesado entre los latinos, desde que se comenzó á hacer los oficios de la víspera de Pascua el Sábado á la hora de tercia; mas subsiste esta costumbre entre los griegos. Hoy, donde quiera, se ha dejado esta fiesta del Sábado santo á la devoción de los particulares, y no se guarda.

El Sábado santo está demasiado cerca de la grande fiesta cristiana, para que se celebre con gran pompa. Así es que, á pesar de las imágenes y de la poesía de las ceremonias, no se halla en este dia, en nuestras iglesias, la muchedumbre de las fiestas precedentes.

La bendición del fuego nuevo se hace despues de Nona.

El sacerdote oficiante, revestido de una capa pluvial, baja del altar, y acompañado del diácono y del subdiácono, se adelanta hasta el pórtico y bendice la llama que no ha servido á uso profano, la llama que ha de arder en la lámpara ante el Santo de los santos, diciendo:—“¡Oh Dios, que por vuestro Hijo, piedra angular de la Iglesia, encendisteis el fuego de vuestra caridad en los corazones, dignaos santificar este fuego nuevo que hemos sacado de un pedernal para servir á vuestro uso, y haced que durante esta fiesta de la Pascua, seamos inflamados de celestiales deseos, á fin de que puros lleguemos á la solemnidad de vuestra eterna gloria, por Jesucristo Nuestro Señor!”

“Creador de todas las luces, bendecid esta.”

“Señor, vos que habeis sido la luz de Israel y la columna de fuego en el desierto, bendecid el nuevo fuego.”

Un corista pone el fuego en el incensario, y el sacerdote derramando una gota de agua bendita, dice: *Asperges me, Domine, hyssopo et mundabor; lavabis me et super nivem dealbabor.* El diácono, con dalmática, toma un cirio de tres brazos y formando triángulo, y encendido, vuelve hácia el altar cantando: *Lumen Christe.* Luego el celebrante lo bendice para que sea digno de anunciar la Pascua.

Sucede entonces la bendición del Cirio pascual. Remonta este al sexto siglo, y hé aquí su origen. Los fieles, para alumbrar en la vigilia de la Pascua, la mas solemne de todas las vigiliias, colocaban en medio de la iglesia una alta columna de cera que, encendida su mecha, esparcía por todas partes considerable luz.

Mirábase esta antorcha ó cirio, como el símbolo de Jesucristo, de pie, en medio de su Iglesia, para esclacerla y guiarla. Las oraciones que se dicen en esta bendición están llenas de entusiasmo poético.

“Que los ángeles del cielo y la milicia celestial se regocijen y conmuevan de alegría, y que el sonido de las trompetas anuncie los sacrificios de gozo! ¡Que la tierra, llena de felicidad, goce de luz gloriosa que le ha venido!”

“¡Y tú, madre nuestra, Iglesia santa, regocijate también, porque hete aquí radiante con la luz de la divina antorcha! ¡Que el lugar santo resuene con los trasportes de gozo de los pueblos, y que las aclamaciones de la tierra se eleven hácia el cielo! . . .” Luego el sacerdote interna en la cera del cirio cinco granos de incienso bendito.

En los primeros siglos no servia el cirio pascual sino en la noche de la vigilia de Pascua. Déjase ahora en el santuario, en frente del altar, hasta la fiesta de la Ascensión, y no se retira de la iglesia esta antorcha simbólica, que representa á Jesucristo, sino cuando se celebra la subida del Salvador al cielo.

En algunos países, cuando el año comenzaba en la Pascua, se escribían en el cirio pascual los ciclos, las principales épocas, los grandes aniversarios de sucesos religiosos.

Cuando el sacerdote con el triple cirio enciende el cirio pascual y las lámparas de la iglesia, dice:—“Señor, que este cirio y estas lámparas consagrados en honor de vuestro santo nombre, ardan durante esta noche para disipar la oscuridad; y que, elevándose como un perfume agradable, se mezclen sus luces con

las de las celestiales artorchas! ¡Que el astro de la mañana las encuentre aun encendidas!"

Despues de esta ceremonia los sacerdotes, con ornamentos violados, leen las profecías, y en estas páginas inspiradas ¡que sucesión de magníficos cuadros!

Despues de esta sucesión de profecías, intercaladas con oraciones, el celebrante procede á la bendición de las fuentes; y entonces son también las súplicas bellas y tiernas.

En otros tiempos los recién bautizados comulgaban junto con el sacerdote y el clero, y el pueblo les seguía. La Historia de las fiestas de la Iglesia añade: "Lo que se observaba con los niños de pecho, que se bautizaban la víspera de Pascua, como los demás, era no darles el cuerpo de Cristo bajo la especie de pan cuando aun no comían: se les hacía solamente comulgar con la sangre preciosa, que se tomaba del cáliz para ellos con una cucharita, vertiéndosela en la boca; y luego, como á los demás bautizados, se les daba vino ordinario, segun el uso del cuarto siglo.

En este uso de hacer comulgar los niños, se halla bastante vivo el recuerdo de la ternura que el Salvador les mostraba: y los apóstoles, los discípulos y los contemporáneos de Jesús, que le vieron á su paso en la tierra dejar venir hasta él los niños y tomarlos sobre sus rodillas y bendecirlos, quisieron despues de muerte continuar esta predilección hácia las inocentes criaturas que el Hijo de María había amado, y á quienes el bautismo acaba de hacer tan puros como los ángeles: porque un niño bautizado, que aun no peca, es un ángel en la tierra. Su inocencia vale mas que nuestras virtudes!

### Oficios solemnes

DE LA SEMANA SANTA EN ESTA CAPITAL.

**Domingo de Ramos.**—A las seis de la mañana, se celebran los oficios en las dos parroquias. En la de la Merced, la procesión sale de la iglesia de la Vega; y en la de Santo Domingo del Calvario.

A las ocho y media comienzan los de la Catedral, cuya procesión viene de la iglesia de San José.

Por la tarde hay sermón en la Catedral y en las dos parroquias.

**Martes Santo.**—En la Catedral, á las cinco de la tarde, se hace la procesión de San Pedro, el sermón y el canto del Miserere.

De las seis á ocho de la noche, se hace la *velación de Jesús* en la Merced.

**Miercoles Santo.**—Por la mañana hay Misa solemne de Jesús en la Merced, y por la tarde sermón y procesión.

**Jueves Santo.**—Se celebran los oficios solemnes de la Catedral á las ocho y media; en la Merced, Santo Domingo, el Calvario, Concepción, San José y Candelaria á las seis de la mañana.

Este año no puede haber Consagración de los *Santos Oleos*, por falta de Ilustrísimo Señor Obispo.

A las dos de la tarde de ese mismo dia, se hace el *Mandato* en la Catedral y en las parroquias, donde tambien se predica sobre el mismo asunto.

Tambien se hace el *Mandato* y hay sermón en las iglesias del Calvario, Candelaria y Concepción.

Desde la conclusión de los oficios, comienzan las *estaciones* ó visitas á los monumentos, que deben hacerse con el mayor recogimiento, pues recuerdan la sepultura del Divino Redentor. Terminan á las nueve de la noche.

Los oficios de **Viernes Santo** se celebran en las mismas iglesias y á las mismas horas que los del dia anterior.

A las once de la mañana hay sermón en San Esteban, procesión de Jesús con la Cruz, la que va rezando el *Via-Crucis* en toda la extensión de la *calle de la Amargura*, hasta llegar al Calvario.

En esta iglesia se predica, se hace el *descendimiento*, y la procesión del *Santo Entierro*. Cuando ésta ha regresado, se hace la de la Santísima Virgen de *Soledad*, que va á la Catedral, donde hay sermón y canto del *Stabat Mater*.

El mismo Viernes Santo á las dos de la tarde, se predica en la Catedral el sermón de *Pasión* ó de las *Siete palabras* y se canta el *Miserere*.

El **Sabado Santo** los oficios de la Catedral y de las parroquias comienzan á las seis de la mañana: por la tarde, se hace en dichas iglesias, el *pèsame* de la Santísima Virgen con sermón, oraciones y cantos apropiados.

### INVITACION.

San Salvador, Marzo 20 de 1887.

Señor:

La *Mayordomía de Jesús Nazareno*, deseando solemnizar lo mejor posible la función, que dará principio con la *velación* el *Martes Santo* en la Iglesia de la Merced á las 7 p. m., la Misa que se celebrará el dia siguiente á las 8 y á la procesión á las 3½ de la tarde, se permite excitar los sentimientos religiosos de U. para que se sirva prestar su asistencia á esos actos que conmemoran nuestra Santa Redención.

Anticipamos á U. nuestros agradecimientos por su deferencia, y nos suscribimos sus servidores.

Beatriz M. de Dorantes.—Mercedes de Meléndez.—Carmen de Kritz.—Mercedes de Prado.—Estebana de Delgado.—Josefina de Mora.—Sotera de Gallegos.—Concepción de Caminos.—Dolores S. de Pérez.—Estebana de Lagos.—Cristina Kritz.—Dolores Aguilar.—Mercedes Meléndez.—Luz Meléndez.—Carmen Gallegos.—Josefa Gallegos.—Maria Prado.—Dolores Prado.—Mercedes Prado.

LOS MAYORDOMOS.—Mariano Dorantes.—Miguel Yúdice.—Domingo Guillén.—Miguel Lagos.—Federico Prado.—Belisario Calderón.

San Salvador.—Imprenta de El Cometa, plaza de San José N.º 28.